

Contra Jerusalén y Atenas

JULIO ALMEIDA

Haber sido durante los Siglos de Oro, digamos durante los ciento cincuenta años largos que siguen al descubrimiento de América, luz de Trento, martillo de herejes y toda aquella cantilena popularizada por don Marcelino, no ha sucedido sin secuelas. Como por otra parte los demás países europeos tuvieron sus guerras de religión en los siglos XVI y XVII, mientras España aplazaba la cuestión y llegaba al llamado nacional.-catolicismo en pleno siglo XX (con una espléndida Edad de Plata compatible con una tasa enorme de analfabetos), resulta que muchos no quieren religión ni en las aulas, ni siquiera de modo voluntario. Para que luego digan que la historia no tiene mayor importancia.

Da en efecto la impresión de que los españoles no hemos digerido nuestra historia. Lo decía Emilio García Gómez, y aún habría que precisar que muchos la ignoran absolutamente. Sorprende que mientras en Alemania y en Austria, por ejemplo, la Religión es asignatura como las otras, *ordentliches Fach*, un odio extraño parece renacer en la ex católica España contra la pretensión de que se dé religión en escuelas e institutos. Y la sorpresa se tifie de escándalo cuando se trata de personas que se casan por la Iglesia, bautizan a sus hijos, se entierran en sagrado. ¿Qué hipocresía es ésta?

Hace dieciséis siglos, un edicto del emperador Honorio prohibía el derramamiento de sangre de los gladiadores. Hacia el año 400, puede

decirse que el paganismo ha quedado abolido, que la religiosidad cristiana ha triunfado sobre tantas supersticiones antiguas. Un poco antes, en 374, el infanticidio ha empezado a ser considerado asesinato en las leyes y la Iglesia defiende la vida incluso de los niños deformes; poco después, cuando el Imperio se va al garete, la *pax romana* se trueca en *pax christiana* y la Iglesia hereda y transmite el legado grecorromano. Aunque no podemos aceptar del todo la idea comtiana de los tres estados, ¿quién podrá negar que la religión judeo-cristiana se halla en el origen de Europa y, por tanto, de Occidente, de lo que somos? ¿Caeremos, pues, en la tentación de entrar en relativismos culturales? Algunos dicen sin rebozo que no están seguros de la superioridad de la religión cristiana, pero se cuidan mucho de hacerse moros. O acaso comparten sin saberlo la *boutade* de Barres: Je suis athéiste, mais je suis catholique.

Todos estamos contemplando, entre perplejos y desesperanzados, el desorden moral de chicos y mayores, corregido y aumentado por una televisión avulgarada. Pienso con Julián Marías que no somos particularmente inmorales los españoles de este fin de siglo, pero hay desmoralización, desorientación. Algunos hasta creen que Dios ha muerto (la frase nietzscheana ilógica que nos ejemplificaban en la clase de lógica en Alemania, *Gott ist tot*, porque de ella no podemos afirmar si es verdadera o falsa), o como el gitano de Ortega han oído el runrún de que los mandamientos se van a quitar; de suerte que todo estaría permitido: matar a policías y a niños indefensos, robar millones del erario público, mentir sin pestañear, incumplir deberes ordinarios del oficio elegido. Porque no se trata meramente de faltar a esos mandatos, sino de algo más radical: se desliza con reiterada propaganda la posibilidad de suprimirlos, se insinúa que el arbitrio personal es la norma suprema. Hace un siglo justo, Ganevet adivinó el ideal jurídico de

quienes vivimos en la piel de toro, una carta foral con un solo artículo: *Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana*. A juzgar por el cumplimiento de las normas de tráfico, por ejemplo, se diría que muchos lo llevan grabado en la mente.

George Steiner, el gran profesor judío, ha declarado en uno de sus últimos libros la evidencia que ningún hombre culto ignora: *Procedo de Atenas y de Jerusalén. Todos vivimos con esta doble herencia. Estudiando el mundo helenista, advierto que ambas culturas se codean*. Lo habían expresado anteriormente, que yo recuerde, Weber y Zubiri, entre otros, y nadie en su sano juicio histórico dudará que Grecia e Israel, pasando por el derecho de Roma, constituyen las raíces nutricias de Europa, del mundo civilizado (o menos incivilizado). La Biblia y la filosofía griega están en el origen de nuestro mundo y no es indiscreto suponer con Zubiri que en cierto modo los griegos somos nosotros. Conviene recordarlo aquí y ahora, cuando se considera que la religión no tiene cabida en las aulas; pero también, recuérdese, que la filosofía (originariamente griega) está de más, que el latín ¿para qué? Se expulsan o se reducen estas y otras humanidades para dar paso a numerosas materias devastadoras. No es casual que muchos jóvenes adolezcan de pasotismo, anomía y otras dislexias.

Pero vayamos a la liturgia de la administración. Si la Religión se da entre la numerosidad de asignaturas y luego no se hace constar en el expediente, se le resta virtualidad y razón; se queda en café descafeinado, en cerveza sin alcohol. Y los escolares terminan considerando que los preceptos religiosos son un rollo, para refugiarse acto continuo (religiosamente, por supuesto) en esos templos paganos nuevos que son las discotecas desaforadas. ¿No es lo que está sucediendo a una parte considerable de los jóvenes? Se quitó la vieja nota de Conducta y ahí están las conductas de los

escolares de hogaño; ya no se cotiza portarse bien, ni en el Libro de Escolaridad ni en casi ningún sitio, y algunos parecen añorar el orangután. Si descafeinamos la formación religiosa por decreto y reducimos al mínimo las humanidades, flaco servicio les haremos a los muchachos, que crecerán ignorando los fundamentos de Occidente, es decir, sin saber quiénes son. No hace falta ahuecar la voz para pronosticar que el resultado (lo estamos viendo ya) no puede ser bueno.

Mala cosa es marchar contra Atenas y Jerusalén. La Religión fue materia obligatoria hasta ayer, por desgracia, y la Inquisición estorbó durante mucho tiempo los claros mandatos evangélicos; pero desde el concilio Vaticano II las aguas han vuelto a su cauce, me parece, y basta que en la escuela sea asunto voluntario. En Alemania y en Austria los padres deciden por el pequeño, quien al cumplir catorce años, el *annus discretionis*, decide por su cuenta si continúa con la materia o prescinde de ella. Ellos han superado sus guerras religiosas. ¿Vamos nosotros a seguir guerreando todavía?

Desollar el rabo de esta cuestión me obligaría a calcular cuánta dosis de religión conviene — cuántas horas semanales, cuántos cursos— y aun la posible alternativa: ética (sin adjetivos) u otras opciones o ninguna en absoluto. El problema es que la ética se requiere de suyo; quiero decir en el currículo, porque ¿qué es una vida sin ética? No sería prudente que la opción religiosa eliminara la necesidad ética, para lo cual basta que una y otra ocupen horas o cursos distintos. Dejémoslo ahí.